

FESTIVAL DEL TEATRO CHILENO, AUSPICIADO
POR EL CLUB DE AUTORES

"EL SENADOR NO ES HONORABLE"
Drama en tres actos de Sergio Vodanovic

Dirección: Hernán Letelier.

Intérpretes: Mario Rodríguez, Gabriela Montes, Marina Viel, Sylvia Infantas, Mario Montilles, Alberto Rodríguez, Jaime Celedón, Justo Ugarte y Jorge Alvarez.

Luego de ver este drama se pueden establecer dos verdades irrefutables: Sergio Vodanovic es un autor teatral, y "El Senador no es Honorable" es una obra de ambiente chileno. El asunto es sencillo: muere un destacado político, un senador, a quien todo el mundo venera. En la familia, su recuerdo es atesorado con devoción...; sin embargo alguien siembra la duda: ¿y si el senador no hubiese sido tan honorable? A la duda siguen las pruebas, y la interrogante se descorre, revelando lo insospechado. Detrás de las doctrinas, de los sacrificios en pro del pueblo, estaba el interés, el afán de lucro: el senador no es honorable.

El personaje central de la obra de Vodanovic es el hijo del fallecido senador, a quien su tienda política llama para que reemplace al padre. El hijo pretende denunciar la verdad... pero finalmente cae vencido, exclamando que está solo y derrotado.

Toda la obra y los personajes que por ella desfilan giran alrededor de este problema. Ningún otro asunto preocupa a esta gente. Y éste es uno de los defectos fundamentales en cuanto a la construcción de "El Senador no es Honorable". El tema —con ser apasionante— no lo es tanto como para mantener el interés del espectador. Las situaciones, por eso mismo se repiten a ratos. Y los conceptos, de tanto insistir en ellos, pierden su fortaleza.

Los personajes —especialmente aquellos que representan al partido político— están hábilmente seleccionados. Así es cómo vemos al joven lleno de fe respecto a sus ideales; al viejo doctrinario que no pudo sino sucumbir y entregarse a lo bastardo de la politiquería; y al asambleísta, el dirigente inescrupuloso, que sólo se dedica a comerciar con los ideales. El problema de la conciencia política ha sido siempre tema de perenne actualidad y de constante interés. Por eso esta obra no es ocasional, ni circunstancial. Y siendo chilena, tiene proyecciones universales. Lo censurable es que presenta un panorama sombrío, como si los seres humanos —por trágica fatalidad— tuvieran forzosamente que claudicar a sus principios. La lucha del redentor, del hijo que —a costa del sacrificio de su nombre— desea imponer la verdad, resulta débil, insuficiente, tal vez demasiado heroica (abandona a la mujer que ama), pero no real.

"El Senador no es Honorable" tiene la extraña virtud de ser una obra digna, que jamás cae en lo melodramático, y que se desarrolla con fluidez. Si la trama central se hubiese entretreído con algún problema secundario, habría ganado, sin duda, en mérito. Los personajes son interesantes: los mejor logrados son el joven lleno de ideales y la mujer. Esta resulta femenina, pero frívola, ajena a los problemas fundamentales de la vida, sinceramente enamorada, pero egoísta. La línea de este personaje está magníficamente trazada. También resultan acertadas las pinturas de la madre y de los jefes políticos. El más débil fué el personaje central. No débil como ser humano, sino que como ser teatral, de creación. Fué incongruente, y a ratos precipitado. Sufrió a priori, con anticipación se declaraba vencido. El diálogo de la obra es fácil, cotidiano, pero con intención y vuelo. Hubo momentos de extraordinaria categoría artística. Hay otros dos reparos importantes: primero: el hijo se convence muy fácil y rápidamente de que su padre bien pudo no ser honorable; y segundo: este mismo trata en forma demasiado dura, despectiva y descortés a un periodista, cosa que jamás podría ocurrir en nuestro país.

La interpretación y la dirección resultaron acertadas. Entre los actores más destacados habría que señalar a Jorge Alvarez, a

Jaime Celedón, a Justo Ugarte, a Mario Montilles, a Sylvia Infantas y a Mario Rodríguez. Hicieron un trabajo sincero, lleno de los justos y medidos matices que sus personajes requerían. Alberto Rodríguez no compuso con acierto su periodista: apareció demasiado pulcro en el vestir; y su actitud, más que cínica, debió ser amargada, como si estuviera desilusionado de la vida. Gabriela Montes estuvo demasiado fría. Hernán Letelier, el director, consiguió imprimir un ritmo equilibrado y —fundamentalmente— logró unidad en la interpretación.

En resumen: una buena obra teatral, sería, y que revela grandes posibilidades en el autor. Una interpretación y dirección acertadas. Buenas la escenografía y la iluminación.